

31. V - 73

Durante los difíciles días de octubre, hace ya más de siete meses, tuve oportunidad de dirigirme al país en mi condición de Rector de la Universidad Católica de Chile para expresar:

"Sabemos bien que la convivencia entre chilenos se ha tornado crecientemente áspera y tensa. Hay pasión; hay desconcierto; hay antagonismos que separan y causan desaliento. Nosotros, aparentemente, ya no podemos manifestarnos más que desde dos bandos y aparecemos separados por un abismo infranqueable de diferencias. Es como si la Nación entera pudiese sólo expresarse a dos voces: la del "amigo" y la del "enemigo". Las condiciones necesarias del diálogo y del entendimiento tienden a desaparecer".

Asimismo, dijimos en esa ocasión:

"Nadie puede hoy querer o imaginar que es bueno para el país llevar los conflictos y la tensión

social más allá de los límites que ha alcanzado. Un país no puede tampoco permanecer inerte por mucho tiempo. O entonces las energías se canalizarán hacia la guerra o vaciamos las voluntades en el trabajo y la creación".

Por segunda vez, hace más de treinta días, expresé ante el país:

"La Universidad no podría hacerse parte en una lucha que impusiera a los chilenos la división irreconciliable. La Universidad no contribuirá a levantar vallas de odio entre los chilenos, porque entonces traicionaría su misión. La Universidad Católica de Chile no se dejará envolver en este vendaval que levanta demasiadas sombras y oscurece los horizontes de la Patria".

Mi presencia en este acto constituye pues un testimonio real de coherencia: he venido a decir, con entera honestidad, el mismo mensaje que durante estos meses he querido difundir en la medida de mis modestas energías y representatividad.

Pienso que el riesgo de una guerra entre chilenos es hoy un peligro que no tenemos derecho a ocultar; tampoco podemos pensar que se le suprime por el sólo acto de negar la existencia de ese peligro, con gesto de aparente confianza. Porque la verdad es que los signos de la división y de la lucha están presentes cada día y crecen: negarlo sería una

irresponsabilidad. Fomentarlos o magnificarlos con propósitos políticos es más que una irresponsabilidad: es alimentar la guerra y encender hogueras; es sembrar el odio y aprovechar el temor y el dolor con fines subalternos.

---0---

Importante me parece preguntarse, primero, por qué la tensión social aumenta en determinadas circunstancias y se torna a veces explosiva. Ello no ocurre, ciertamente, por un azar inexplicable. Tiene raíces profundas en la historia; tiene explicaciones suficientes en los hechos y procesos sociales y políticos.

Gran parte de la historia de la humanidad ha transcurrido, en efecto, bajo el signo de la violencia. Nosotros nos rebelamos ante este hecho; porque nosotros deseamos ardientemente la paz y la justicia, pero re-

conocemos en la historia -que es nuestra historia de hombres- esa carga de muerte y de dolor, de separaciones y de sombras.

Humanizar la historia es por eso la más honda y más alta vocación humana. Hacer la historia un producto de la libre determinación de cada pueblo, hacerla pues plena de sentido humano, razonable y feliz, es un imperativo inscrito en la conciencia más profunda de cada ser humano.

Sin embargo el conflicto es un hecho propio de las sociedades. Sobre todo lo es de aquellas sociedades en transformación que, como la chilena, buscan fundar su economía, la política y la cultura, sobre nuevas bases. Qué duda puede caber<sup>de</sup> que en una sociedad sujeta a tan radical revisión de sus estructuras y formas de vida, <sup>naturalmente</sup> surjan antagonismos y divisiones. Lo nuevo pugna con lo viejo; las antiguas estructuras mantienen

por mucho tiempo la inercia de su desarrollo, mientras aquellas nuevas surgen débilmente pero se afirman con toda su vocación de futuro. Valores tradicionales chocan con valores emergentes; intereses hasta ayer seguros se ven amenazados y pierden progresivamente vigencia. En fin, un proceso de transformación social como el que ha vivido Chile durante la última década, acentuado estos últimos años, provoca necesariamente tensión y conflictos. Pero esto, que parece claro, no significa justificar los afanes de guerra y los impulsos hacia la división y la lucha. Porque en nuestro régimen político, los conflictos tienen formas y mecanismos de resolución, tienen vías institucionales para expresarse, pero, sobre todo, tienen modos políticos de ser encauzados positivamente. Pienso que la guerra entre chilenos sólo podría transformarse de riesgo en aventura sin destino, si el pueblo permaneciera desunido, inmovilizado, frenado en su energía. La

unidad del pueblo, en cambio, es en Chile una fuerza incontenible de construcción histórica. Unidad que podría lograrse, que es un imperativo patriótico alcanzar, a partir de la propia voluntad del pueblo de construir en democracia una nueva sociedad, más justa, solidaria e independiente. Promover y expresar esa unidad del pueblo es tarea que compromete a todos los políticos con vocación popular y progresista, pero también a cada chileno que desea una nueva tierra, una tierra chilena donde el pueblo sea protagonista de la historia y actor de su propio destino.

Todo lo que favorece la unidad del pueblo evita la guerra y fortalece la paz.

Todo aquéllo que divide al pueblo y lo separa favorece los afanes de guerra y debilita la paz.

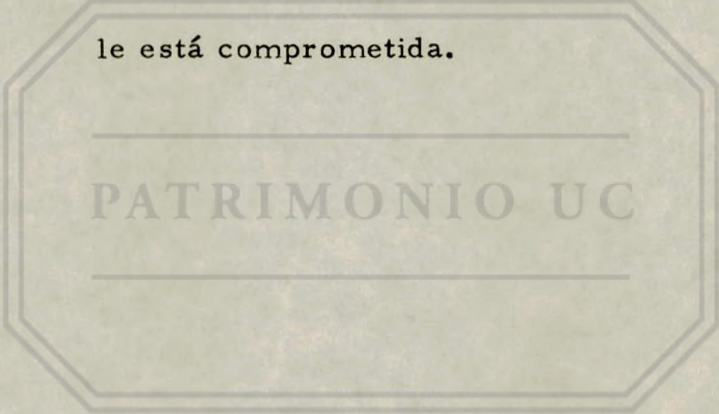
Los extremismos y el sectarismo conspiran contra la unidad del pueblo. La degradación del lenguaje político

cierra el diálogo y empuja hacia el enfrentamiento. La incapacidad de mirar hacia el futuro y de confiar en el pueblo como fuerza de construcción es también un lastre que arrastra al país hacia un pasado que oprime y que hace más explosivas las energías latentes de las grandes mayorías. También la economía desquiciada, que golpea a las familias chilenas, lleva a la desesperación y provoca antagonismos, deseos reivindicativos irrealizables e introduce confusión y separaciones paralizantes.

El desafío de hoy es, por consiguiente, trabajar por la unidad del pueblo en la perspectiva de levantar una sociedad plenamente democrática de trabajadores. Esa es la gran fuerza que puede desbaratar y evitar una guerra. Esa es la empresa que puede y debe oponerse a la trágica y triste empresa guerrera. La violencia, en fin, no se supera con violencia. No se responde con violencia. Sólo puede extirparse y superarse por



medio de un pueblo que se moviliza en pos de metas comunes; que crece y hace crecer al país; que unido hace la historia llenándola con su presencia, con su voz, con su imaginación y su trabajo. Tal es, en suma, el mensaje que yo quisiera representar y esa es la tarea en que la Universidad Católica de Chile está comprometida.



PATRIMONIO UC

Santiago, 31 de mayo de 1973.

1) la pérdida del valor ; rasgo de la palabra

2) la actitud del hablante para generar el diálogo proponer para lograr el consenso

3) la brecha el factor de unión

